

Contra la utopía. Argumentos liberales contra la sociedad ideal

Manuel Toscano

Profesor Titular de Ética y Filosofía Política.
Universidad de Málaga.

UTOPIA FUE EL NOMBRE QUE TOMAS MORO DIO A LA ISLA imaginaria que describe en su libro de 1516, cuyo título en latín reza: *De optimo rei publicae statu deque nova insula Utopia*¹. Es curiosa la historia de un término que empieza siendo un nombre propio inventado por Moro, se convierte en un *género literario* del que son ejemplos tempranos las obras de Campanella y Bacon, y llega a designar con el tiempo un extenso repertorio de formas de pensar, aspiraciones de cambio, visiones de la sociedad, movimientos políticos y experimentos sociales (Kolakowski 1990, p. 131)². De ahí la queja frecuente de que el concepto de utopía, al igual que el adjetivo *utópico*, es tan amplio como vago e impreciso. Por ello el título de Moro sigue siendo revelador por cuanto contiene las dos pistas decisivas sobre el concepto de utopía: se trata del mejor estado de la república (o *Commonwealth*, según se tradujo al inglés), al tiempo que el propio nombre designa un lugar que no existe, meramente imaginario. De creer a Ruth Levitas, el título sería un juego de palabras con los prefijos griegos *eu* y *ou*, por lo que *u-topía* contiene una ambigüedad calculada entre un buen lugar y en ninguna parte (Levitas 2010, p. 2). La ambigüedad ha pasado a los diccionarios y al uso común, de modo que por utopía podemos entender tanto la organización ideal que caracterizaría a una sociedad perfecta como aquellos planes que son quiméricos e irrealizables.

86

Esta ambigüedad entre el estado ideal de la república y una república imaginaria es importante si queremos repasar, como aquí me propongo hacer, algunas de las críticas dirigidas contra la idea misma de utopía. Pues los argumentos en contra de la utopía pueden seguir cualquiera de estas líneas, bien sea atacando el ideal de una sociedad perfecta o denunciando su carácter ilusorio y falta de realismo. Las críticas a las que me referiré apuntan en ambas direcciones y han sido elaboradas por autores considerados liberales. Por supuesto, el rechazo de la utopía

- 1 El título completo es más largo: *Libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus, de optimo rei publicae statu deque nova insula Utopia*.
- 2 Como introducción al utopismo es recomendable Sargent 2010.

no ha sido en modo alguno exclusivo del pensamiento liberal³, pero examinar dichos argumentos ayuda a comprender por qué la idea de utopía es considerada radicalmente incompatible con el liberalismo, entendido como filosofía política, a lo largo del siglo XX.

Karl Popper, uno de los críticos más señeros, puede servirnos de guía. Como explicó en un conocido ensayo, el atractivo del utopismo radica en no entender «que no podemos establecer el paraíso en la tierra» (Popper 1971, p. 138). Tomada tal cual, la frase apunta a la imposibilidad de realización del ideal; como veremos, bien puede sugerir también el carácter inadecuado de éste. Por eso conviene considerar primero la definición que presenta. El utopismo, según dice, orienta la acción política por fines últimos organizados en una descripción o esquema, más o menos detallado, de lo que sería una sociedad ideal, lo que puede incluir una hoja

«En lugar de proponer remedios específicos para males sociales concretos, el planificador utópico tiene la arrogancia de diseñar la sociedad ideal, como si fuera capaz de conocer las infinitas y cambiantes circunstancias de la vida humana.»

de ruta, como se dice ahora, del camino que conduce a ella (p. 133). En esto coincide con otros autores a la hora de restringir el concepto de utopía con dos condiciones: no vale cualquier proyecto de mejora, sino que hace referencia a un estado social óptimo, final en el sentido de no mejorable; y, al contrario que en las esperanzas milenaristas o representaciones de la Edad de Oro, tal estado social perfecto habría de alcanzarse por medios exclusivamente humanos (Kolakowski 1990, p. 132).

En la argumentación de Popper descubrimos, además, los ingredientes habituales en la crítica liberal al pensamiento utópico. El exceso de confianza en el poder de la razón conduce a concebir la política como planificación de la sociedad perfecta y esta *ingeniería social total* conduce inevitablemente a la opresión y la violencia. De ese modo, los intentos de traer el paraíso a la tierra no sólo resultan frustrantes, sino que acabarían por convertirla en un infierno. En lugar de proponer remedios específicos para males sociales concretos, el planificador utópico tiene la arrogancia de diseñar la sociedad ideal, como si fuera capaz de conocer las infinitas y cambiantes circunstancias de la vida humana. Con la omnisciencia viene la omnipotencia que reclama el ingeniero utópico para poder ejecutar su plan (Popper 1971, p. 135). Y, cabe temerse, la permisibilidad de emplear todos los medios necesarios para realizar el ideal. Lo que hace al utopismo tan atrayente, según dice, es precisamente esa ambición racionalista, o falsamente racionalista, que excede lo razonable y se revela tan perniciosa.

3 Baste recordar que Marx y Engels emplearon el adjetivo “utópico” para descalificar los proyectos futuristas y experimentos sociales de los primeros socialistas, como Saint-Simon, Owen o Fourier, con independencia de que el ideal comunista de una sociedad sin clases que inspiró al marxismo revolucionario nos parezca utópico a su vez.

«La perfección, comprendida como suma armónica de todos los valores, no es que sea inalcanzable por las conocidas limitaciones humanas, sino que es conceptualmente incoherente.»

El racionalismo excesivo es un blanco recurrente en la tradición liberal. Lo encontramos, por ejemplo, en Tocqueville cuando explica en *El Antiguo Régimen y la Revolución* el modo en que los filósofos y hombres de letras, sin experiencia de los asuntos públicos, moldearon la mentalidad que precedió a 1789 con sus propuestas de reconstruir por completo el orden social a partir de principios racionales abstractos. O en las perspicaces observaciones de Adam Smith en su *Teoría de los sentimientos morales* sobre el *hombre de sistema*, tan enamorado de su plan ideal de gobierno que imagina ordenar las piezas humanas sobre el gran tablero de ajedrez de la sociedad y pretende que todas ellas obedezcan a su designio, como si no tuvieran vida propia.

En el pasado siglo ha sido seguramente Friedrich Hayek quien con más insistencia ha alertado contra la *fatal arrogancia* que consiste en reordenar los asuntos humanos y la sociedad en su conjunto conforme a un plan ideal. Como en Popper, Hayek ve en el utopismo la mentalidad *constructivista* del ingeniero que diseña los planos a partir de los cuales levantar de nuevo el edificio de la sociedad y con ello se equivoca completamente acerca del papel de la razón; un error al que subyace una mala comprensión de la misma vida en sociedad que quiere reorganizar. En efecto, la vida social descansa sobre un tejido de regularidades e instituciones (pensemos en la ciencia, las costumbres o la lengua) que funcionan sin el diseño o la dirección de una mente rectora. Son el resultado de innumerables acciones de agentes, persiguiendo cada uno sus propios objetivos, pero no del designio humano. En otras palabras, la actitud del ingeniero utópico ignora que la colaboración espontánea y descentralizada puede lograr cosas más grandes de lo que cualquier mente individual podría imaginar o crear (Hayek 1948, pp. 6-7).

88

Conviene no perder de vista los matices distintos que aparecen en cada autor. Para Popper la cuestión estriba en que los fines últimos de la acción política estarían más allá de la argumentación científica y así escaparían a una evaluación puramente racional. El método utópico subordina los medios y fines parciales a los fines últimos, que organiza en el esquema de una sociedad ideal, pero adquieren así el carácter de las diferencias religiosas y habrían de imponerse a través de la propaganda o de la fuerza. Pero no hay por qué suscribir esa concepción limitada de la racionalidad práctica en lo que concierne a los fines. En el caso de Hayek, por ejemplo, la crítica al racionalismo excesivo del utopismo viene dada por la inevitable diseminación de la información acerca de las variadas circunstancias sociales, siempre en constante flujo, así como su importancia relativa, lo que ningún planificador podría abarcar.

También existe la posibilidad de presentar la crítica a la idea de utopía en términos distintos, recurriendo a lo que en la filosofía contemporánea se denomina *pluralismo de valores*. Aunque son muchos los filósofos que suscriben esta concepción del valor, Isaiah Berlin ha sido un portavoz temprano y la ha utilizado en diferentes ensayos como ariete contra el utopismo. Como otros liberales, Berlin recela de la idea de utopía porque la creencia en una solución ideal, como muestra la experiencia del siglo XX, es una ilusión peligrosa: ¿qué precio sería demasiado alto para alcanzar una sociedad justa y feliz? Al hablar de ilusión da a entender que es impracticable, pero su crítica más acerada se dirige contra la concepción misma del ideal. Detrás del utopismo, reconoce una vieja convicción, profundamente anclada en nuestra tradición de pensamiento: la creencia de que todos los bienes y fines valiosos de los hombres tienen que ser compatibles en último término, e incluso implicarse los unos a los otros. El pluralista axiológico rechaza esa pretensión de que todas las cosas buenas y valiosas pueden formar un conjunto armónico. Por el contrario, para dar cuenta de la textura moral compleja de la experiencia humana no sólo hay que admitir la variedad de fines e ideales que persiguen los seres humanos, sino reconocer que el conflicto entre ellos es un aspecto inerradicable de la vida humana. No hay que confundir esta tesis con otras formas de pluralismo, pues no dice que los ideales de unos hombres pueden chocar o ser incompatibles con los de otros, lo que es cierto, sino algo más radical: esa *perpetua rivalidad* entre valores se da en cada uno de nosotros. La conclusión que extrae Berlin es clara: si la realización de ciertos valores se hace a expensas de otros, sacrificando otras cosas buenas y valiosas, entonces no hay vida humana o sociedad que pueda abarcar, reunir o realizar todos los valores e ideales. La perfección, comprendida como suma armónica de todos los valores, no es que sea inalcanzable por las conocidas limitaciones humanas, sino que es conceptualmente incoherente. De lo que se sigue una importante lección acerca de cómo hemos de entender la política: no como búsqueda de un ideal definitivo, sino como el arte de buscar compromisos y equilibrios, siempre contingentes y revisables (Berlin 1992, pp. 33-37). —

Referencias

Berlin, Isaiah (1992), *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona: Península.

Hayek, Friedrich (1948), «Individualism: True and False», en *Individualism and Economic Order*. Chicago: The University of Chicago Press.

Kolakowski, Leszek (1990), «The Death of Utopia Reconsidered», en *Modernity on Endless Trial*. Chicago: The University of Chicago Press.

Levitas, Ruth (2010), *The Concept of Utopia*. Bern: Peter Lang.

Popper, Karl (1971), «Utopía y violencia», en *Arnhelm Neusüsss* (ed.), *Utopía*. Barcelona: Barral.

Sargent, Lyman Tower (2010), *Utopianism. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press